

ticas intersubjetivas, lo cual quiere decir posibilidad de prácticas políticas emancipatorias en contextos históricos. El final de estas reflexiones es una invitación a ponerse en la tarea de construir tal sujeto.

El libro constituye una espléndida contribución al conocimiento del estado de la cuestión en lo que se refiere a ese tan imprescindible sujeto del feminismo. Será una herramienta valiosísima para las y los estudiosos que se decanten por el tema, por la exposición perfectamente clara y, al mismo tiempo, sumamente precisa, que hace de las diversas teorías, harto prolijas, que analiza. De su labor se beneficiará la investigación futura.

Teresa López Pardina es doctora en Filosofía y miembro del Instituto de Investigaciones Feministas (Universidad Complutense).

Diario de un científico melancólico

Vicente Sanfélix

Andrés Moya Simarro, doctor en Biología y Filosofía y catedrático de Genética de la Universidad de Valencia, ha escrito un libro bastante breve que ha dividido, no obstante, en cuatro capítulos: Ciencia y pensamiento, Ciencia y academia, Ciencia y sociedad y Aforismos y reflexiones breves (bastante más de estas últimas, por cierto, que de los primeros). Como ya los títulos de estos capítulos indican, Andrés Moya no se limita a pensar *desde* la ciencia sino que además piensa *sobre* la ciencia.



Andrés Moya
Pensar desde la ciencia
Trotta, Madrid, 2010, 108 págs.

Antes de entrar a exponer críticamente –o al menos a esto aspiro– lo que Andrés Moya piensa desde y sobre la ciencia me parece importante, no obstante, hacer una pequeña reflexión sobre el método con el que, según confesión del propio autor, este libro ha sido compuesto. En el primer párrafo de su introducción puede leerse: «Lo más parecido que encuentro para definir la obra que el lector tiene en sus manos es que se trata de un diario de reflexiones estructuradas temáticamente. Las reflexiones, dentro de cada apartado, siguen el orden temporal en el que fueron escritas, aunque no aparezca la fecha particular de ninguna. La obra ha sido preparada para su publicación a partir de un diario previo de reflexiones no estructuradas, la primera de las cuales fue escrita el 14 de agosto de 1992 y la última el 6 de agosto de

2007. Han transcurrido, por lo tanto, quince años desde su comienzo».

Se trata de un método de composición de un libro que no es del todo inusual: por poner dos ilustrísimos precedentes, cuya compañía sin duda no incomodará al profesor Moya, citaré los casos de Darwin y Wittgenstein, quienes también se sirvieron de sus «cuadernos de notas» para confeccionar sus obras. Es, no obstante, un método que, a buen seguro como todos, conlleva sus peligros. Es muy raro que en quince años de anotaciones un espíritu vivo no escriba cosas que, si quizás no se contradicen, al menos no terminen de casar fácilmente. Si no se es muy riguroso en la destilación que conduce del diario personal al libro publicado, éste puede ver menguada esa virtud epistémica por que se tiene a la coherencia. De manera análoga, quince años es tiempo suficiente como para pensar no sólo cosas diferentes sobre las mismas cosas sino incluso sobre muchas cosas distintas, de modo que, de nuevo, si no se es muy estricto en la selección de los temas que pasan del diario al libro, éste puede abordar una amplia variedad de los mismos... y dejar por ello mismo muchos cabos sueltos, con lo que de lo que ahora puede resentirse es de esa otra cualidad, tenida por virtud al menos por los lógicos, que es la «completud». Estos, entre otros, son los peligros que acechan a quien metamorfosea en libro un diario. Y no estoy seguro de que el profesor Moya los haya sorteado por completo.

Ahora bien, si como decía Hölderlin allí donde crece el peligro crece también lo que salva, entonces inmediatamente debo añadir que lo que *Pensar desde la ciencia* pueda perder en rigor lo gana en, vamos a decirlo así, fertilidad. Pues abordando muchos temas diferentes y no siempre con una coherencia inmediatamente evidente, Andrés Moya no sólo nos ofrece sus pensamientos desde y sobre la ciencia sino que,

a su vez, nos da que pensar desde y sobre ésta. Y es que como él mismo apunta en una de sus postreras reflexiones: «¿Qué necesidad hay de plasmar lo que uno sabe? Igual interesa más comprender, navegar por caminos de incertidumbre, situarse cerca de la tensión intelectual y creativa».

Hecha esta advertencia preliminar paso sin más dilación a considerar el contenido del libro. Empezaré por lo último, por los pensamientos de Moya *sobre* la ciencia. Creo que entre todos ellos hay uno que ocupa un lugar privilegiado y en torno al cual, de alguna manera, pivotan todos sus demás pensamientos (como veremos no sólo *sobre* sino también *desde* la ciencia). Se trata de su «tesis radical a propósito del hombre de ciencia», a saber: que éste es un ser melancólico.

Si nos tomamos esta tesis como una afirmación empírica acerca del estado psicológico de quienes se dedican a la ciencia —a cualquier ciencia— la encuentro ciertamente implausible. Pero no creo que la intención de Moya sea la de elaborar un diagnóstico clínico acerca del estado anímico de sus colegas. Más bien su tesis, tal y como la entiendo, tiene una dimensión normativa. Vendría a equivaler más o menos a lo siguiente: el hombre de ciencia, si fuera lúcido, *debiera* tornarse melancólico. O formulada la tesis con alguna de sus propias categorías: la ciencia sabia y quienes la practican, los grandes sabios de la ciencia, no pueden evitar la melancolía. Es decir, que hay razones, y no simplemente causas, para, dedicándose uno a la ciencia, ponerse melancólico.

De entre las razones que Moya va dejando caer, más que enumerando sistemáticamente, algunas (las que aparecen en sus reflexiones *sobre* la ciencia) son muy próximas, de sociológicas las tildaría yo, y no creo que la mayoría de ellas afecten sólo al científico; otras en cambio (las que aparecen en el primer capítulo en que se

piensa desde la ciencia) son mucho más generales, hasta el punto de merecer el calificativo de epistemológicas y ontológicas, en suma estrictamente filosóficas. Por vocación estas últimas son las que más me han dado que pensar. Pero debo reconocer que por deformación profesional –al fin y al cabo yo no soy científico pero sí, como Andrés Moya, profesor universitario– no he podido sin embargo dejar de considerar las primeras. Veamos algunas de estas. Empezaré por las que, por así decirlo, encuentro más locales, pero no por ello irrelevantes.

En la penúltima de sus reflexiones escribe Moya: «Supongo que me otorga independencia el estar en la situación de ser un profesor universitario de provincias y en una especialidad de poco impacto social. Cabe también la siguiente reflexión: ni estoy donde debiera ni me interesa estar donde estoy». Dejando de lado el aspecto estrictamente personal de la anotación, debo decir que la encuentro de todo punto encomiable al ser escrita por alguien que trabaja en una universidad –por cierto, la mía también– inscrita en una ciudad y comunidad –*idem*– cuyos políticos se empeñan en hacer de la más chabacana fanfarronería la columna dorsal del carácter «nacional» de sus conciudadanos (¿que todos tienen un circuito de velocidad? Pues nosotros dos. ¿Que todos tienen un puente de Calatrava? Pues nosotros tres... *Serà per diners?*...). Con toda la razón del mundo puede Andrés Moya sentirse melancólico cuando compara nuestro ambiente provinciano con la cultura francesa (aunque supongo que debe estar pensando fundamentalmente en París): «[la cultura francesa]... Tiene mucho que decir en el concierto internacional de cómo amalgamar las diferencias, sin necesidad de suprimirlas. El tan sorprendente centralismo francés choca al visitante que espera observar conductas monolíticas. Pero la otra gran cuestión es la de la suavización, al me-

nos aparente, y a mi juicio consistente, entre grupos sociales. No hay una clase de la cultura, otra de la economía, otra de la ciencia u otra última del trabajo. Todas están imbricadas. Se trata de algo que no puedo imaginar en mi ambiente... su ausencia aquí, donde nadie se entiende, se convierte en algo despreciable. Vivimos mundos separados, exclusivos, excluyentes. La ciudad donde vivo también lo refleja. No hay trabazón». ¡Chapeau! El único «pero», aparte de que esta razón para la melancolía no debiera ser exclusiva del científico de la universidad de Valencia sino de cualquiera que viva en esta ciudad y en este país y tenga un mínimo de cordura, es que no sé si la primera parte de la premisa (la capacidad de la cultura francesa para amalgamar diferencias) sigue siendo igualmente sostenible ahora que Monsieur Sarkozy anda a la caza y captura del gitano. O trascendiendo la anécdota: debemos andarnos con cuidado con la melancolía pues si bien es una reacción emocional que puede estar justificada por lo grisáceo de la realidad que nos rodea nos puede llevar a dejarnos deslumbrar por el falso brillo de otras realidades.

Menos locales y más ajustadas, aunque no del todo, a la figura del científico son las razones que para la melancolía le proporciona a Andrés Moya el sistema académico. Estas razones son, por así decirlo, triples. Vienen por arriba, por abajo y también a media altura. Por arriba. Moya se queja: «He visto con dolor cómo los sistemas de revisión de la actividad creadora en ciencia son progresivamente más conservadores y poco innovadores: no arriesgan, no apuestan por empresas comprometidas. Las agencias privadas o públicas no parecen apostar por algo así». A decir verdad, no puedo hablar aquí con un exacto conocimiento de causa. Pero si juzgo por analogía –por cómo funciona la ANECA y otras agencias paraestatales en las áreas de conocimiento filosóficas, regidas en este caso por absurdos criterios pseudo-cien-

tíficos que nadie, por cierto, se atreve a cuestionar? entonces me siento tentado no sólo a suscribir todas y cada una de las palabras de mi colega Moya sino a añadir que se queda incluso corto. Cuando pienso en mi disciplina y en su maridaje con estas agencias me pasa como al Kurtz de Conrad. A mis labios sólo viene el nombre de «mi amada» (el horror, para quien no haya leído la novela).

Por abajo Moya se queja de sus estudiantes, de su falta de genuina curiosidad, si bien no les responsabiliza personalmente: «Además, la ejecución de la creatividad universitaria, en profesores y alumnos requiere el desarrollo de la cultura media del país, de forma tal que nuestras aulas se vean incrementadas con estudiantes ávidos de cuestionamiento fundamental, de amplias miras intelectuales, sin intereses vitales inmediatos. Eso no se da, al menos en el ámbito académico en el que me muevo, y de ello surge no sólo fracaso sino también frustración». En este punto, por primera vez, se me antoja que mi melancolía es algo más tibia que la del profesor Moya, quizás porque el estudiante que venga a la facultad de Filosofía, donde principalmente ejerzo mi labor docente, movido por «intereses vitales inmediatos» (supongo que Moya quiere apuntar a intereses pragmáticos o crematísticos) no es que esté despistado sino que es imbécil (lo más parecido a los «intereses vitales inmediatos» que puede mover a alguno de mis alumnos es el deseo, entre narcisista y suicida, de hacer carrera universitaria). No obstante, por mi experiencia docente en otras titulaciones no tan teóricas como la mía, y por la simple aplicación del sentido común, creo que el diagnóstico de Moya vuelve a ser certero. Por lo demás quizás tengamos aquí uno de esos cabos sueltos que deja el libro de Moya de los que sería interesante tirar. Porque el problema no es sólo –que desde luego también– el grado de estupi-

dez e incultura de la opinión pública de nuestro país (basta con echar una rápida, muy rápida, ojeada a los programas televisivos que tanto ayudan a conformarla) sino también los cambios sociológicos que experimentó nuestra universidad –me refiero a la española, no específicamente a la de Valencia– a partir de los años 70; a su masificación y a su papel de «ascensor socio-económico» para las clases medias y bajas que empezaron a acceder a ella. Es este un tema ambivalente –¿acaso queremos universidades para elites?– que presenta más de una arista, sobre todo en un país que como España tiene una formación profesional devaluada y, entre tanta reforma laboral (siempre en el mismo sentido, por cierto), desatendida. Igual alguien debiera plantearse dignificar la formación profesional a la vez que restringir el abanico de titulaciones que la universidad habría de ofrecer. Pero dudo que haya muchos políticos, dentro o fuera de la institución universitaria, dispuestos a ponerle este cascabel al gato.

Y hablando de los políticos universitarios, de ellos provienen el tipo de razones que a media altura alimentan la melancolía de universitario, más que estrictamente de científico, del profesor Moya: «La política universitaria comporta en nuestro país una serie de problemas de realización racional de sus tareas. El motivo esencial es que por haberse dotado la institución de estructura democrática en cuanto a la elección de los cargos institucionales, tales cargos resultan ocupados por aquellos que ofrecen más a los diferentes colectivos. Esos ofrecimientos por parte de los “rectorables” se traducen bien en promesas de difícil plasmación o bien en la incorporación de representantes de colectivos, sin otros criterios reales que los estrictamente vinculados a las prebendas específicas para cada uno de ellos». Sin comentarios. O mejor uno que de nuevo

me hace consciente de que mi melancolía puede incluso superar a la del profesor Moya: el asunto todavía se agrava más cuando la universidad se convierte en algo así como un campo para la continuación de la batalla política por otros medios (por parafrasear a Clausewitz).

Hasta aquí, con algún pequeño matiz, las razones para la melancolía que Moya esgrime y que yo he apresuradamente repasado (básicamente con aquiescencia), no son específicas del científico en tanto que científico. Debieran afectar a éste por ser miembro de una comunidad política o incluso universitaria como la nuestra. Sin embargo, Moya también da razones de este último tipo; razones ya no sociológicas sino más calificadas sino, en todo caso, de sociología de la ciencia. Dicho muy condensadamente, sus razones en este ámbito pueden reducirse a una: la creciente supeditación de la investigación científica a intereses económicos:

«La ciencia académica se encuentra en crisis, porque la institución pública que la sustenta, el estado, le reclama participación creciente en la generación de riqueza. Le exige, por tanto, una desviación de su eterna forma de hacer: aquella que se practica con el objetivo de conocer, así, sin mayores pretensiones. Se trata de una estrategia por parte del estado que puede llegar a ser perversa.»

Desde luego no pongo en duda la predisposición del Estado para sacrificar en el altar del mercado a su madre si fuera preciso –o incluso a inmolarse él mismo–. Lo que ya no tengo tan claro es la virginidad de esta vestal que es la ciencia. Porque eso que hoy en día llamamos ciencia –por cierto, no estoy muy seguro de que signifique exactamente lo mismo que lo que los griegos entendían por «episteme» o los medievales por «scientia»– no creo que por casualidad haya devenido tecnociencia o ciencia industrial, como parece deplorar el

profesor Moya. Al fin y al cabo ya debiera ponernos sobre la sospecha el que Galileo, antes de dirigir su telescopio al cielo, lo concibiera como un útil instrumento militar, o que fuera a situar sus discursos y demostraciones sobre sus dos nuevas ciencias no en ninguna aula universitaria sino en el arsenal veneciano. Con todo, comparo una vez más la inquietud del profesor Moya. Si el Estado no ejerce de garante de una investigación básica que no esté al albur de los intereses económicos más inmediatos, si de alguna manera las universidades no consiguen constituirse en un espacio en alguna medida no supeditado a las demandas del mercado, la ciencia como aventura racional se resentirá (no digamos ya nada de las disciplinas humanísticas). Lo que no tengo nada claro es si para lograr este objetivo la mejor receta es la melancolía, la retirada al mundo privado –el estar en lo de uno, «fuera de tiempo y circunstancia»– o el fomento del ascetismo que el profesor Moya parece predicar –«Es cierto que todo este comportamiento conduce o puede llevar al ascetismo, y que la moral a la que hago referencia presenta grandes similitudes con las más estrictas prácticas cristianas primigenias. Pero, con independencia del referente, identifico grandes valores en morales en algunas prácticas ascéticas»– o si por el contrario ayudaría mucho más un sentimiento de indignación y una militante actitud de denuncia de todas aquellas políticas que no fomentan sino más bien desmantelan el Estado del bienestar (del cual, seamos por una vez aristotélicos, debiera formar parte el derecho a una cultura y un conocimiento no sometidos a la dictadura del negocio).

Termino aquí mi comentario de algunas de las cosas que el profesor Moya dice, en los tres últimos capítulos de su libro, *sobre* la ciencia. Creo que trascienden con mucho los límites de esta e incumben nuestra responsabilidad de universitarios

y hasta de ciudadanos. Comparto con él que son motivos razonables para la melancolía; pero también, y por ello mismo, para desatar otras pasiones del alma. En última instancia, así son los hombre. Donde unos se deprimen, otros se indignan (y a otros todo les parece bien, especialmente si pueden sacar algún beneficio de la situación). Paso ahora a comentar lo que Moya tiene que decir *desde* la ciencia en el primer capítulo de su libro. La parte más teórica y filosófica del mismo. Mis discrepancias aquí, me temo, son mucho más profundas. Quizás porque no termino de ver claro alguno de los perfiles de su posición. Veamos.

Moya pretende huir del positivismo y del científicismo que suele acompañarle. No obstante, parece asentir a alguna de las premisas que conforman el credo positivista. Por ejemplo, y dejando aparte alguna que otra recaída en una filosofía de la historia de acentos bastante comptianos –«La singularidad humana ha sido una constante en la historia, tanto en sus fases mágica y teológica como racional y científica»–, asume la preeminencia del conocimiento científico –«...la ciencia es mucho más que una forma particular de pensamiento entre todas las otras que vienen desarrollándose a lo largo de la historia... ya no podemos prescindir de ella para entender... aquello que se sigue considerando por parte de otras formas de conocimiento como terreno difuso o proclive a lo inefable»–. Lo que le separaría del positivismo y del científicismo sería que no pretendería para la ciencia ningún tipo de monopolio –«Aunque la reivindico como forma de pensar no excluyente...»– lo cual no quiere decir que deje claro cuál sería su relación con el resto de saberes y, muy especialmente, con la filosofía. Creo que en este punto los cabos sueltos y las contradicciones a los que me refería al inicio de este reseña, cuando comentaba el método de composición que

ha utilizado Moya para elaborar su libro, se hacen bien evidentes.

En efecto, para Moya dado que desde la ciencia «se puede interpretar» el conocimiento general, cabe entender la ciencia como una especie de «metafilosofía». Ahora bien, ¿qué cabe entender por tal rótulo? O mejor dicho, ¿qué entiende Moya por tal rótulo (pues desde luego Moya no usa el término en el sentido usual)? Me gustaría poder dar una respuesta clara a esta pregunta pero mucho me temo que soy incapaz de hacerlo. A veces, quizás la mayor parte de las veces, Moya parece pensar que la filosofía está necesariamente comprometida con la idea de la existencia de un mundo inefable –«...el ampliamente genérico discurso filosófico consistente en mostrar que existe un mundo inefable y que resulta radicalmente imposible decir nada sobre él sin cambiarlo de forma sustancial» (idea, por cierto, bastante discutible si nos atenemos a la historia de la disciplina, pues desde luego la mayoría de los grandes filósofos no comulgarían con esta especie de para-wittgensteinianismo). La ciencia, entonces, sería una metafilosofía porque podría ir más allá de esta en la explicación de lo inefable –«... la ciencia... es más fundamental, más elemental, con capacidad... para dar una explicación final de lo inefable»–. Si es así, ¿en qué sentido se está alejando Moya de la tesis clásica del positivismo según la cual filosofía no sería sino aquello que todavía no es ciencia? ¿Y cómo la preeminencia que Moya concede a la ciencia dejaría lugar para los otros «discursos»? Pues si la ciencia nos puede proporcionar nada menos que una explicación final de lo inefable (en cuyo caso, claro, éste no sería realmente tal, sino que sólo parecía serlo) entonces ¿para qué diablos hemos de conservar los discursos que sostienen que lo inefable es inefable?

Moya reconoce que está aquí dejando las cosas un tanto nebulosas: «Es cierto, no

obstante, que no estoy desarrollando en toda su extensión las consecuencias que podrían derivarse de disponer de una “explicación de lo inefable”, pero esa es precisamente la tesis que sostengo». Se le nota la buena intención de no hacer de la ciencia un uso imperialista, de querer hacer compatible la idea del privilegio epistemológico de la ciencia con su respeto por otros discursos, el filosófico especialmente. Pero ya se sabe que el camino que conduce al infierno está empedrado de buenas intenciones...

Con todo lo más cuestionable quizás no sea que Moya no haya extraído en toda su extensión las consecuencias de su tesis, sino que no está nada claro cuál es la «tesis que precisamente sostiene». Pues en otras partes de su escrito parece decantarse por la existencia de... ¡unos límites epistemológicos insuperables para la ciencia! «La ciencia es tanto un método como una forma de pensar que permite el conocimiento de la realidad. La conclusión última que se deriva de su aplicación sistemática es que la realidad será eternamente inasible. La paradoja de conocimiento de la realidad que deviene cuando se hace ciencia es que no hay realidad aprendida en su totalidad». De hecho, el mismo epígrafe que trata de la ciencia como meta-filosofía lo abre advirtiéndonos que «la forma (de conocimiento) más general debe ser una no científica» pues «...la naturaleza del método (científico) determina que el conocimiento que se genera sea particular...». Pero si ello es así, la interpretación que acabamos de dar de lo que supondría concebir la ciencia como una metafilosofía no puede ser correcta y más bien habría que entender que lo que se esconde bajo esta fórmula es algo así como que habría una filosofía que iría más allá de la propia ciencia y de lo que la filosofía ha sido hasta ahora, hay que suponer que debido a su inspiración científica —«Si se quiere, cabe denominarlo una “me-

tafilosofía científica”»—. En suma, y de nuevo vuelve a resonar el viejo lenguaje positivista, una «filosofía científica» que sería la definitivamente correcta.

¿Cuál es esta filosofía científica y qué cabría esperar de ella? Siendo el profesor Moya catedrático de genética supongo que a nadie sorprenderá el que piense en una filosofía de corte evolucionista: «Al igual que intuimos una teoría del todo, podemos hablar de una filosofía definitiva a la que denomino ontología evolucionista». Y lo que de ella cabría esperar, a tenor de algunos ejemplos que pone, es que solucione algunos problemas tradicionales (o recientes) de la filosofía como la naturaleza del espíritu —que para Moya es «la interacción de la materia»— o la existencia de mentalidades pre-lógicas —«Aunque se necesitaría recurrir a estudios antropológicos para determinar si el razonamiento lógico es universal en nuestra especie, presumo en hipótesis que lo es»— o el problema del solipsismo —«Se dan muy buenas razones, sobre la base de las homologías evolutivas, para dar respuesta... al famoso problema planteado en la filosofía del lenguaje conocido como solipsismo»— o del valor de la moral cristiana —«La intuición fundamental de Nietzsche consiste en que nuestra naturaleza debe revolverse sobre esa suerte de dictadura impuesta por el cristianismo en torno a los valores de bondad y disposición a no ofrecer la cara de lucha o enfrentamiento... Sugiero que se retome esa intuición... y darle consistencia racional y científica...»—. (Por cierto, si es así ¿cómo habría que hacer compatible este nietzscheanismo científicamente fundado con los valores paleocristianos que Moya recomienda para la ciencia sabia?).

Aparte de que no sé muy bien lo que una «ontología evolucionista» podría aportar a la filosofía, por ejemplo, de las matemáticas, de la física o de la historia (si desde luego se trata de explicar la historia en términos darwinianos, creo que pocos

filósofos de la historia y menos historiadores estarán muy por la labor) los enigmas filosóficos a los que acabo de aludir plantean otra problema. ¿Realmente son el problema de la relación entre la mente y el cuerpo, el problema de las mentalidades pre-lógicas, el problema del solipsismo o el problema de la validez de un credo moral problemas empíricos, que puedan resolverse «científicamente»? (me viene a la mente aquella divertida anécdota de Bertrand Russell, que decía haber recibido una carta de una señora quien le reprochaba que no fuera solipsista como ella misma). Cualquiera que haya leído a Frege o a Husserl, esto es, cualquiera que conozca los argumentos contra el psicologismo, no podrá sino mirar con absoluto escepticismo la idea de que los antropólogos sean quienes tienen que demostrar que la lógica es universal (por cierto, ¿qué evidencia empírica podría contar como prueba de que alguien razona violando el principio de no contradicción? Este no era un asunto empírico ni siquiera para una empirista tan cabal como Quine).

En resumidas cuentas, que la propuesta arquitectónica de entender la ciencia como metafilosofía no está para mí clara. No sé si con ella el profesor Moya quiere decir que la ciencia terminará por explicar lo que filosofía tiene por inefable –primera opción– o si por el contrario quiere decir que una filosofía que se apoye en los resultados de la ciencia empírica terminará por arrojar luz sobre algunos de los problemas clásicos de la filosofía. La primera opción me parece muy problemática porque ¿están ciencia y filosofía al mismo nivel?, ¿son discursos que se rigen por los mismos intereses teóricos o pragmáticos?, ¿resultan conmensurables? La segunda muy implausible pues no creo que muchos de los problemas centrales de la filosofía sean problemas empíricos.

Y, *mutatis mutandis*, algo parecido podría decir de las razones ya no sociológicas

sino filosóficas que según el profesor Moya conectarían ciencia y melancolía. Quizás lo más parecido a una espina dorsal para su libro. A veces esta conexión parece establecerse por las limitaciones explicativas de la ciencia: «Son melancólicos los prisioneros del mundo de los fenómenos» «La ciencia es fenoménica por definición... Y es ineludible la incertidumbre provocada... por la incapacidad de explicación integral del todo» (pero ¿por qué la incertidumbre ha de provocar melancolía? A mí me ponen mucho más melancólico ciertas certidumbres). Otras porque se presiente que aun si todo fuera explicado por la ciencia nuestros problemas más importantes, aquellos que afectan al sentido de nuestras vidas, ni siquiera se habrían rozado: «...y los logros positivos de la razón no sirven para satisfacer las inquietudes suscitadas por el pensamiento sobre el sentido de la existencia» (esta, por cierto, sí es una posición estrictamente proto-wittgensteiniana; pero repárese en lo que implica: si el problema del sentido de la existencia es un problema filosófico y no puede resolverse mediante ningún logro positivo de la ciencia, entonces la filosofía estará por encima o por debajo de ésta, pero nunca a su lado; la ciencia no puede ser una metafilosofía, se entienda esta fórmula en cualquiera de las dos maneras previamente aludidas). Y otras, en fin, por el tipo de explicación que la ciencia parece lograr: «...desde la óptica de la razón de la ciencia... ineludible conclusión (es) que somos producto de la historia de la materia... patética conclusión» (pero ¿por qué patética? ¿Acaso resultaría más consolador si fuéramos a descubrir que también estamos hecho de una sustancia inmaterial). O sea que me parece que el profesor Moya aduce razones metafísicas (si se me permite el adjetivo) muy diferentes y quizás hasta contrarias de por qué la ciencia conduce a la melancolía.

Termino. Espero que haya quedado claro que a mi entender el libro del profe-

sor Moya tiene dos partes bien diferentes. La segunda, la constituida por los capítulos 2, 3 y 4, ofrece reflexiones sobre nuestra sociedad, nuestra universidad y el papel de la ciencia en ambas, escritas con tal sinceridad y candidez –me imagino la reacción de los *progres* de pacotilla que tanto abundan cuando lean la breve reflexión de Moya sobre los «Suspiros de España»; yo en cambio sólo diré que la entiendo perfectamente y hasta la comparto– que a la postre resultan tan políticamente incorrectas como la denuncia del niño de que el emperador iba desnudo. No puedo por menos que celebrar su valentía, aun si no tengo muy claro que la melancolía sea la mejor reacción emocional contra este estado de cosas y más bien sospecho que una buena dosis de indignación nos vendría mejor. La primera parte, el capítulo primero de su libro, encierra por contra el grueso de su posición filosófica. Una posición que se me antoja muy necesitada ya no sólo de más elaboración sino también de un trabajo exigente de clarificación. Habrá que ver si en próximas publicaciones nuestro admirado y querido colega es capaz de suministrárnosla.

Vicente Sanfélix es catedrático de Filosofía de la Universitat de València.

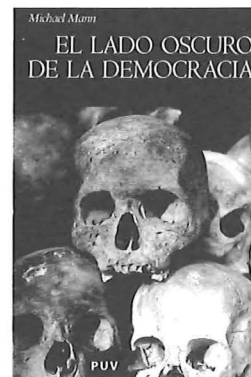
La barbarie analizada

Gonçal Mayos

He aquí un libro tan duro como necesario del sociólogo histórico y comparatista Michael Mann, del que cabe esperar que la excelente traducción de Sofía Moltó facilite una recepción equivalente a su valor. El título mismo nos pone en guardia frente a la ingenuidad de considerar que la «democracia» en sus aspectos meramente formales lo es todo, la garantía suprema y definitiva, la protección absoluta frente la barbarie. Apunta a que –como todo– también la democracia tiene sus puntos débiles y su «lado oscuro». Goya ya intuyó que «el sueño de la razón engendra monstruos», igualmente cuando la democracia es incipiente, débil y, aún más, cuando se duerme en su velar incesante, fácilmente deja emerger –incluso potenciado– su «lado oscuro» en forma de monstruosos genocidios y limpiezas étnicas.

Difícilmente hay alguien más capacitado para un tan difícil análisis que Michael Mann, por tres motivos: primero está su personal enfoque macrohistórico y macrosociológico ya consagrado con su obra magna *Las fuentes del poder social*, de la que ha publicado los dos primeros y muy ambiciosos volúmenes (de hecho la obra que nos ocupa bebe claramente de los dos restantes que se centrarían en el siglo xx y las conclusiones generales).

En segundo lugar debemos tener presente la contrastada capacidad crítica del



Michael Mann

El lado oscuro de la democracia. Un estudio sobre la limpieza étnica
Traducción de Sofía Moltó
PUV, Valencia, 2009, 662 págs.